

Erotismo y sociedad en la narrativa de Felipe Trigo

Fulgencio Castañar



NO hay duda de que si llega a consolidarse la democracia en nuestro país surgirá un nuevo modelo de sociedad según el cual las bases de la convivencia serán muy distintas de las sufridas hasta ahora. Mientras esto llega a ser realidad hay un frente de lucha, el erótico, en el que la permisividad del poder ha sido más ancha con el fin de atrincherarse mejor en otros, como pueden ser el político, el económico... Esto ha sido la causa de que en algunas de nuestras playas este verano se haya hecho la vista gorda sobre el nudismo y de que hayan desaparecido las largas colas entre las taquillas de los cines de Perpiñán y otras localidades francesas cercanas a la frontera porque películas tan «atractivas» pueden verse en los cines españoles al tiempo que el «destape» y el «empelotamiento» se han convertido en el pilar casi único de la raquítica industria cinematográfica nacional e, incluso, de algunas publicaciones periódicas. La irrupción de lo erótico creó, meses atrás, tal conmoción en determinados sectores que las voces de protesta obligaron al Ministerio de Cultura (?) a prohibir la exhibición de portadas «provocativas» en los quioscos; lo que no ha sido obstáculo para que los traficantes del sexo sigan haciendo su agosto, pues ha sido mucha la represión soportada, con la consiguiente deformación, durante los cuarenta años del régimen franquista. (El libro de Luis A. Tejada, aunque con frecuencia se queda en lo anecdótico, es suficientemente esclarecedor).

EN estos momentos en que el viento se ha llevado las hojas de parra nos ha parecido conveniente dar a conocer la obra de un escritor, Felipe Trigo, hoy casi olvidado pese a la inmensa popularidad de que gozó en vida, porque en ella lo erótico alcanzó una dimensión desconocida hasta entonces en la literatura española; su narrativa abrió un nuevo casillero en los subgéneros novelescos, con los inconvenientes que todo encasillamiento lleva consigo, al ser considerado Trigo como «el padre de la novela erótica española».

Tal denominación, en una sociedad puritana como la española de principios de siglo, vino a ser piedra de escándalo para numerosos lectores que identificaban lo erótico con lo pornográfico sin advertir que en numerosas ocasiones pueden no ser sinónimos. Guiados quizás por el hecho de que lo erótico ha sido un tema tabú en nuestra cultura, únicamente era entendido como pasión amorosa muy exacerbada en lo sensual prescindiendo de la acepción más elemental, la referente al amor. Y es esta significación de lo erótico la que un sector de la crítica no quiso ver en la narrativa de Felipe Trigo, porque en la obra del escritor extremeño se encontraba expuesta, con mayor o menor claridad, toda una teoría amorosa opuesta a la tradicionalmente aceptada por nuestra sociedad y que Trigo fundamentaba en un estudio analítico de la naturaleza humana partiendo de premisas ajenas a la ideología dominante.

Es innegable el hecho de que la literatura de Trigo, por su concepción de lo erótico y por la minuciosidad naturalista en la descripción de algunos episodios, puede electrificar la tensión erótica del lector y, según este criterio, ser calificada de pornográfica, obscena...; todo ello consecuencia de la técnica realista utilizada que conlleva necesariamente —Unamuno insiste en esto en un pasaje de *Niebla*— la representación de los hechos en la imaginación del lector, suscitando en él un estado anímico que difiere totalmente, por ejemplo, de la emoción estética producida por los escritores de estilística barroca al tocar los aspectos eróticos. (Téngase presente el estudio de J. Goytisolo incluido en *Disidencias*). Sin embargo la finalidad de la obra de Trigo no se reduce a satisfacer mentalmente la sexualidad del celtíbero reprimido, sino que quiere incidir, en un afán claramente moralizador, en el comportamiento amoroso de los españoles; de ahí que en su obra se adviertan nítidamente dos grandes grupos de novelas según los objetivos que se haya propuesto el autor; por una parte, las dedicadas a criticar los usos amorosos de los españoles, como sucede en *Las Inge-*

nuas, La Sed de Amar, Sor Demonio, La Clave...; y, por otra, aquellas novelas en las que se propone encarnar sus teorías en unos personajes y situaciones novelescas que permiten dar a conocer al lector de forma amena una erótica que difundida a través del ensayo apenas habría tenido lectores, tal es el caso de *Alma en los labios, Del frío al fuego, La Altísima...*

En las páginas que siguen pretendemos mostrar algunas de las ideas de Trigo agrupándolas en dos apartados con el fin de distinguir, aunque el deslinde no es fácil en ocasiones, su teoría amorosa y la crítica social llevada a cabo a lo largo de una obra dedicada a estudiar una problemática clave en la vida humana como es el amor, y que, pese a su importancia, suele olvidarse a la hora de penetrar en la intrahistoria de una sociedad.

UNA NUEVA CONCEPCIÓN DE LO EROTICO

Ha de quedar patente, de entrada, que Trigo exclusivamente trata del amor heterosexual; por lo tanto habrán de referirse las ideas que exponemos a continuación a las relaciones entre hombre y mujer, quedando al margen toda la erótica homosexual; no habrá que tratar de engarzar su obra con la literatura «gay» que ahora se quiere rehabilitar o crear, ni con el culto a Lesbos predicado desde algunas publicaciones que han hecho del sexo la base de su negocio.

Trigo es, quizás, entre los intelectuales españoles, el primero en reclamar una atención primordial para la problemática sexual en la vida del individuo. Para relacionar su obra con la de sus coetáneos quizá sea suficiente señalar su total discrepancia en lo erótico respecto a los miembros de la llamada «generación del 98». A nivel anecdótico recordemos que en una polémica con Unamuno resalta Trigo la contradicción manifiesta entre el desprecio intelectual del Rector de la Universidad de Salamanca a lo erótico y su práctica ritual nocturna, a juzgar por la numerosa descendencia familiar del escritor vasco. Por otra parte, Trigo nada tiene que ver con esa misoginia estudiada por Serrano Poncela en un capítulo de *El Secreto de Melibea* ni con las actitudes de los héroes típicamente noventa-yochistas para los que la satisfacción de la sexualidad conlleva una crisis —Andrés Hurtado se siente turbado tras refocilarse con su patrona— y una consiguiente pérdida de la actividad creadora hasta el punto de que D. Shaw lo considerará como el germen de esa abulia que anula sus ansias regeneracionistas. Como no vamos a contar su vida ni sus aventuras —en el n.º 25 de TIEMPO DE HIS-

FELIPE TRIGO
OBRAS COMPLETAS

EL AMOR
EN LA VIDA
Y EN LOS
LIBROS

RENACIMIENTO



Guiados por el hecho de que lo erótico ha sido un tema tabú en nuestra cultura, únicamente era entendido como pasión amorosa muy exacerbada en lo sensual prescindiendo de la aceptación más elemental, la referente al amor.

TORIA ya apareció un breve bosquejo biográfico antepuesto al artículo de Fdo. García de Lara sobre el suicidio de Trigo, en una interpretación que no comparto—, no será superfluo hacer hincapié en su profunda formación en el campo de la Medicina, que llegaría a ejercer durante varios años, en su conocimiento de los tratadistas más avanzados en erotismo, su continua reflexión sobre la materia y el hecho de que a la hora de novelar no se deja llevar por la improvisación sino que sus obras tienen unos planteamientos rigurosos que van desde los objetivos que pretende demostrar y los medios para conseguirlo hasta las partes, episodios, estilo que debe emplear e incluso lo que nos puede parecer un extremo de minuciosidad preparatoria, el número aproximado de cuartillas que tiene que manuscibir.

Objetivo básico en su obra es probar el papel de lo erótico en la complejidad del ser humano, no reduciéndolo, como solía ser habitual en nuestra tradición cultural proveniente del medioevo y ascetas del XVI y XVII, a una mera necesidad fisiológica, sino que en Trigo será ennoblecido hasta extremos que para la mentalidad de su época resultaban incomprensibles.

En una de las páginas de un ensayo al que aludiremos en varias ocasiones, **El Amor en la Vida y en los Libros**, Trigo nos da una definición del Amor, con mayúsculas como él escribe, envuelta en un lenguaje en el que lo lícito alterna con la terminología científica y la sintaxis es retorcida para amoldarla al peculiar énfasis que el autor pone en determinados aspectos en que la grafía con mayúsculas no le es suficiente para expresar su pensamiento:

«El amor humano es el beso de la vida entera, es la voluptuosidad esparcida por todo el complejo de la vida vegetativa, moral e inteligente.

ES LA FUNCION INTERNA Y MAS ALTA DE VITALIDAD» (1).

Queda así lo erótico dignificado y de una función puramente genésica pasa a ser el elemento clave de la psiquis humana, siendo su anulación la causa de numerosas neurosis como demostrarían años más tarde Freud y sus discípulos.

Como consecuencia de su convicción en tales ideas Trigo intentará destruir múltiples errores que aletean en la concepción tradicional española de la vida como esa idea tópica de que «la sexualidad agota todas las energías de la vida» que los jóvenes de mi generación leíamos en los libros de Msñor. Thiamer Thot. «De tal error —asegura Trigo— han salido frases y refranes. Se repiten, pues, como verdad vulgar: Tabaco, vino y mujer echan al hombre a perder. Como se ha dicho en mil frases literarias la mujer es la succionadora del cerebro masculino, la agotadora, la perenne matadora a besos» (2). Para rechazar tal falsedad Trigo muestra cómo sus personajes, que nada tienen que ver con los abúlicos noventayochistas, tras la plena satisfacción erótica inician una actividad creadora que les lleva a cotas no alcanzadas por ellos hasta entonces. Tal es el caso de Darío y Gabriela en **Alma en los Labios** o el del joven Esteban Sicilia, de **En la Carrera**, estudiante que vegeta en Madrid en busca de conquistas amorosas pasajeras, quien, una vez conseguida una armoniosa convivencia con Antonia, al margen de la moral social, se convierte en un alumno distinguido con varias matrículas.

En la concepción amorosa de Trigo, como puede suponerse, no hay lugar para la sacralización ritual de la pareja mediante un acto religioso, aunque conserva el contacto civil más como fórmula protocolaria que como requisito indispensable. Muchos de sus héroes viven una plenitud amorosa sin que les una vínculo social alguno, pues la atracción y lazos

(1) F. Trigo: **El Amor en la Vida y en los libros** (Renacimiento, 1919, pág. 143).

(2) *Idem*, pág. 129.

afectivos que unen a la pareja tienen como finalidad el placer mutuo, con lo que se aleja nuestro novelista de la concepción tradicional del matrimonio según la cual el objeto primario es la procreación de los hijos.

Será éste, el hedonismo, otro de sus caballos de batalla; en una sociedad que considera la vida como un valle de lágrimas Trigo defiende que la misión de la inteligencia es la búsqueda del máximo placer mientras se vive porque para él, tras la muerte, sólo hay lugar para la incorporación de los restos del individuo a la materia cósmica; no entran en su cosmovisión la resignación ni el sacrificio sino que en sus novelas insiste, una y otra vez, en la voluptuosidad sensual que invade a sus personajes en los momentos de máximo apogeo de su vida erótica, sin preocuparle los prejuicios establecidos por la sociedad y aceptados por los mismos escritores—recuérdese la postura de J. O. Picon en **Dulce y Sabrosa**— que hasta entonces habían rehuido la descripción de la unión sexual.

Mayor osadía —y, por consiguiente, mayor escándalo entre sus contemporáneos— encontramos en sus escritos cuando reclama como necesarias para la buena convivencia posterior de la pareja las relaciones sexuales prematrimoniales; ahora bien, exige unas relaciones que no sean consecuencia de un arrebato pasional incontenido sino conscientemente aceptadas por lo dos; especialmente nuestro escritor insiste en que la mujer se libere, como requisito previo, de los prejuicios adquiridos sobre la sexualidad, pues ella tiende a identificar lo sexual con la «deshonra social» y como en la unión de la pareja intervienen tanto factores vegetativos como intelectuales y morales Trigo cree que esto debe producirse en una atmósfera en que no haya posibilidad para la existencia de temores, dudas ni recelos que impedirían a ambos miembros de la pareja llegar a la intensidad máxima emotiva que el momento requiere. En la novela **A prueba** el escritor extremeño se aventura a presentar a un joven esteta «d'anunziano», al que «la fealdad le proporciona un tormento insuportable», que antes de casarse pide a la madre de la novia que le conceda ver a su hija totalmente desnuda y una vez satisfecho este deseo aspira a tener unas relaciones sexuales plenas, pues, según lo que él confiesa original teoría, al contratarse ambos deben saber a qué y con quién se contratan. Y aunque esto no era —ni lo es hoy— habitual, cree, no obstante, necesario «empezar a transformar las costumbres en eso, como en todo, para ajustarlas a las justas exigencias de la vida». No hay que decir que la segunda prueba le fue

LAS POSADAS DEL AMOR

POR

FELIPE TRIGO

Nueva
Colección
Afrodita
N.º 17

TRIGO — con un género único, del que fuera
digno maestro — sabe hacer vibrar la
sensibilidad en el espíritu del lector.

CAPITAL \$ 0.50

INTERIOR \$ 0.60

Es innegable el hecho de que la literatura de Trigo, por su concepción de lo erótico y por la minuciosidad naturalista en la descripción de algunos episodios, puede electrificar la tensión erótica del lector y, según este criterio, ser calificada de pornográfica, obscena...

denegada; en cambio, Darío lo consigue de Gabriela.

Donde Trigo llega al culmen de su atrevimiento es al referirse a la cópula sexual; sin embargo no hay que llevar las cosas al extremo de pensar que sus novelas son algo parecido a esos manuales que llevan el reclamo de «100 maneras de hacer el amor» o algo similar; si bien aparecen escenas de alcoba en todas sus novelas, distribuidas estratégicamente y descritas con la minuciosidad que requiera el objetivo a alcanzar por el autor, lo importante será siempre su defensa desde la actividad erótica plenamente lograda para un psiquismo equilibrado, del que carecían los protagonistas de sus novelas críticas, mientras que en sus novelas de exposición teórica el acto amoroso aparece envuelto en una atmósfera transcendente como veremos después.

No hemos hecho mención a uno de los aspectos fundamentales de su filografía como es la equiparación total de los dos miembros de la pareja hasta el punto de que se convierte en numerosos temas que no guardan relación con el erotismo en un paladín del feminismo ante la extrañeza de sus conciudadanos para la mayoría de los cuales era válido aquello de que «la mujer casada, patiquebrada y en casa»; Trigo sostiene que la mujer no tiene que ser ese socio pasivo que la naturaleza impone

al hombre para la satisfacción de la sexualidad y la reproducción, sino que reclama para ella un papel activo, aunque para esto tiene que refutar las teorías dominantes entonces sobre el instinto erótico femenino.

En el ensayo teórico antes aludido cita a numerosos especialistas de la década final del siglo XIX que sostienen el tópico de la frigidez sexual femenina que él no comparte, aunque acepte el carácter científico que puedan tener las apreciaciones de sus compañeros al basarse en unos hechos concretos, mensurables estadísticamente; en su refutación argumenta la falta de distinción entre lo que es propiamente fisiológico de la mujer y lo que es adquirido del medio social en que vive, por lo que niega rotundamente que la frigidez que aparece en las estadísticas e incluso en las pacientes que el mismo Dr. Trigo había tratado tuviese alguna relación «respecto al tipo natural, al tipo fisiológico de la mujer no perturbada y aun destrozada por una influencia social funesta» (pág. 97. El subrayado es de Trigo). Un análisis de la anatomía y fisiología femenina le lleva a la conclusión de que en las mujeres «el instinto sexual es infinitamente más fuerte que en el hombre» (pág. 106), aunque reconoce que desde que empieza a ser una adolescente las influencias sociales la obligan a reprimirlo. De cara al futuro concluye Trigo que «el amor, digno del porvenir, será posible en cuanto se eduque a la mujer y SE LA RESTITUYA IGUAL LIBERTAD (ABSOLUTAMENTE IGUAL) QUE AL HOMBRE» (ídem, pág. 148).

Como es fácil advertir estas ideas lanzadas en una sociedad en la que, además de la concepción machista entonces y ahora imperante, predominaba un fuerte entramado de ideas religiosas las afirmaciones de Trigo levantaban polémica por doquier, pues eliminaban uno de los resortes básicos de aquella secular sociedad: la mujer como sostén de los valores espirituales que encierra el hogar. No porque se abra la puerta a la infidelidad por insatisfacción sexual, sino porque la mujer estaba predestinada al rol de madre, un rol en el que no entraba la voluptuosidad erótica.

No concibe Trigo las relaciones mutuas entre la pareja humana regidas por la autoridad del varón, sino que establece una armonía que dimana de la igualdad de los dos entre sí y ante los demás, lo que no dejaba de causar estupefacción en una colectividad en que se toleraban todas las infidelidades masculinas —la ley del más fuerte—, mientras que el honor familiar quedaba manchado si era la mujer quien en lo erótico se saltaba las bardas impuestas por el contrato matrimonial. Todos

recordamos el caminar de la mujer hacia la muerte a la más leve sospecha en los dramas calderonianos y, lo que es más grave, todas esas sanciones que recaían sobre ella en la legislación hasta hace poco vigente y en cuya derogación han tenido que ver no poco la acción de los grupos feministas.

El adulterio en las novelas teóricas de Trigo es enfocado en una óptica completamente nueva para su tiempo y, quizás, el nuestro; así en **Alma en los labios** sostiene la tesis de que la infidelidad, a nivel exclusivo de los sentidos, puede llevar a ambos miembros de la pareja a una unión casi indisoluble al advertir, tras la experiencia de cada uno de ellos fuera del hecho común, que la intensidad del placer es menor con otros individuos por muy atractivos que puedan ser; Gabriela, tras su experiencia con un desconocido, escribe en el billete de mil francos que aquél dejara en la cama mientras ella dormía:

«Quieres a Darío como al verdadero Dios, porque no hay otro. Si hubiese dos dioses los adorarías o serías absurda. Si hubiera dos Daríos, también, pero no los hay y en cada hombre de la tierra sentirías la ausencia del hombre que conoces. Desde tu libertad de amar, le amas, pues, infinitamente porque amas en él su amor y el horror a la falta de un amor como el suyo en todos los demás» (3).

Habría, pues, un adulterio físico, pero no sentimental, aceptado por ambos sin dramatismos de ningún tipo; no obstante, Trigo muestra cómo sus héroes no han conseguido esa impassividad total necesaria para afrontar tal situación, pues hay aún en ellos cierta inquietud producida por los celos pese a que quieren ambos, en un esfuerzo voluntario, mantenerse indiferentes. Esta impassividad, consecuencia de las transformaciones de las emociones, se encuentra en **Las Evas del Paraíso**, novela en la que Trigo presenta la armonía típica del falansterio de Fourier en una colonia de blancos muy lejos de la sociedad española.

Es preciso remarcar que el conflicto establecido entre los héroes que encarnan las ideas de Trigo y el resto de la sociedad lo resuelve el autor, para dar verosimilitud al proceso novelesco, o bien mediante la fuga espacial, lo que le permite dar finales felices, como sucede en las dos novelas a que acabo de referirme, o bien mediante el fracaso, así habría que interpretar la locura de **La Altísima**, el matrimonio de **La Bruta**, la separación de la pareja por los padres **En la Carrera**, de cuyos protagonistas dice el autor algo que podemos aplicar a los demás.

(3) F. Trigo: **Alma en los Labios**. (Librería Fernando Fe, 1905, págs. 384-85).

«Fracasaba —se refiere a Esteban Sicilia— no por falta de poderío ideal de su corazón ni por defectos de fe en él mismo y en Antonia, sino por enlaces tremendos e inevitables de ellos dos con lo que no eran ellos; por engranajes, por reciprocidades fatales de sus vidas con las vidas en el conjunto social, cuya armonía de absurdo no toleran, no pueden recibir dos notas sueltas de otra gama» (4).

Aunque, tras lo ya escrito, el lector que no haya tenido en sus manos alguna de las obras de Trigo, puede hacerse una idea sobre su erótica, es imprescindible resaltar unos aspectos que, porque los juzgamos fundamentales, los hemos dejado para el final, como son su concepción del ser humano como un complejo armónico, la imposibilidad de poner trabas al instinto sexual y, sobre todo, su exaltación mística del Eros.

Frente a la concepción tradicional del hombre como ser formado por el cuerpo y el alma, divergentes entre sí, ruptura que en el plano erótico viene a significar la imposibilidad de satisfacer los deseos sensuales del cuerpo por perjudicar los intereses del alma, jerárquicamente superiores, Trigo sostiene una concepción materialista del ser humano al considerarlo como una unidad en la que todas sus partes están estrechamente ligadas entre sí, sin que exista predominio de unas sobre otras, de «la cabeza sobre los testículos».

En su novela **Si sé por qué** explica nitidamente su rechazo al régimen moral imperante en el mundo como consecuencia de la expansión del cristianismo basado en unos conceptos del

(4) F. Trigo: **En la Carrera**. (Renacimiento, 1930, pág. 293).

bien y del mal que, según Trigo, están desvirtuados respecto a la naturaleza humana.

«Así, siendo el hombre de la tierra, le han dado por destino el cielo; habiendo nacido para vivir, quisieran obligarle a renunciar a todos los impulsos espontáneos de la vida, o cuando menos a avergonzarse de ellos presentándolos como bajeza o miserable semejanza con los animales inferiores (...). Así, para **mejor éxito** de esta enormidad, se han creado los terribles frenos o cadena de hipocresía o del horror de la vida que se llaman virtud, el pudor, el rubor, el candor, la inocencia, la resignación, la castidad... se ha semitolerado **el amor humano** (...) puesto que se considera como mejor y perfecto el estado de santidad y pureza mística» (5).

He juzgado imprescindible esta larga cita porque así el pensamiento de Trigo queda claro en un punto tan fundamental de su cosmovisión, pues de aquí dimana su rechazo a la concepción cristiana de la vida públicamente testimoniado en innumerables escritos y, como contrapartida, de aquí surgirán también las numerosas críticas, ataques y la marginación que ha tenido y tendrá aún durante mucho tiempo.

Intimamente ligadas a las ideas anteriores está su convicción de la imposibilidad de anular el instinto erótico por medio de frenos o barreras impuestas por la sociedad; así nos encontramos en su novela **Jarrapellejos** con que la joven Pura —de paso aludiremos a la nominalización irónica utilizada en más de

(5) F. Trigo: **En los Andamios**. (Renacimiento, 1924, págs. 314-15).

FELIX TRIGO
MADRID

LA VIDA.

DIRECCION: Felipe Trigo

DIRECTOR ARTISTICO: Manuel Torro

REDACTORES PROPRIETARIOS: J. Bascuñan - E. de Valle
Julán - J. Ferrer Rodríguez - Carlos de
Castro - Joaquín Sánchez - José López Pa-
lacio - Francisco Navarro Linares - Ma-
rián Aláiz - Olga de Torres - asimismo: Ana

COLABORADORES PROPRIETARIOS: Julia Borel

COLABORADORES FIJOS: (1) Roberto Rúa - Ant. de Hoyas
- Emilio Guzmán - Nicolás Martín - F. Villan-
ueva - Manuel Rodríguez - José Torro -
J. y E. Moreno Quintanilla - Ramón Ferrer de An-
dara - Ana de Torres - Francisco de Arce -
J. López Rodríguez - Felipe Sánchez - Felipe
Chamorro - Santiago Ramos - José - Pablo y
Blanca - E. Ferrer Sánchez - Alejandro Muñoz
- José Rodríguez - Manuel Ferrer Rúa - E.
Sánchez de Arce - Santiago Sánchez - Felipe
Torro - Alejandro Ferrer - Domingo Ferrer
- E. Ferrer Sánchez

COLABORADORES: (2) P. Bascuñan - Álvaro Ferrer -
P. Ferrer Sánchez - Francisco - Manuel Ferrer
- Felipe - Blanca Ferrer - Felipe Ferrer - M. y
F. Sánchez - Francisco - E. Ferrer Sánchez
(3)

(1) La revista es editada en colaboración con el periódico
"La Vida".

(2) La revista es editada en colaboración con el periódico
"La Vida".

(3) La revista es editada en colaboración con el periódico
"La Vida".

Trigo es la revista --

Trigo es, quizás, entre los intelectuales españoles, el primero en reclamar una atención primordial para la problemática sexual en la vida del individuo. (Boceto de la revista «La Vida», de puño y letra de Felipe Trigo, que la dirigirá largo tiempo).

una ocasión para caracterizar a los personajes— es obligada por su madre a vestir prendas interiores viejas y toscas para que se mantenga virgen hasta el matrimonio, pero la fuerza del instinto es tal que, para no avergonzarse ante los de su clase social, se entrega a un pastor.

Sin duda, lo más llamativo de su erótica para la sociedad mogigata de su tiempo fuese su canto a la unión erótica; si hasta entonces era un motivo tabú para los literatos Trigo lo coloca como parte central de su obra y, por añadidura, con un enfoque nuevo que venía a romper los esquemas tradicionales.

Si hasta entonces el regodeo sexual había sido colocado por la puritana sociedad burguesa como algo réprobo que sólo podía ocurrir fuera del hogar, de ahí la «institucionalización» de la «querida», y la obligación moral de la esposa consistía en soportar con tedio los

deseos carnales del marido, tributo obligado a la animalidad del ser humano y fórmula natural para la reproducción de la especie, Trigo lo sacraliza entre las personas que se aman y trastoca totalmente su valor al pasarlo de la condición ínfima en que yacía a la suprema, a ese estadio ideal de que hablan los místicos cuando alcanzan su más íntima unión con Dios. Nótese como Trigo, tan contrario a la moral cristiana, paradójicamente, como señala Sobejano en su **Nietzsche en España**, no consigue desatarse de las raíces cristianas en que se formó, pues su teoría amorosa, en punto tan culminante, es una canalización de los escritos místicos al plano exclusivamente humano, de forma que la bestialidad antes reprobada queda integrada y purificada en una totalidad despojada de elementos espirituales, y la transcendencia del acto ya no reside únicamente en ser fuente de vida, sino

Sección del periódico

CRONICA: — Atenas en ella Bonaventura Dienta, E. de Castro y Gonzalo Comello (in perjuicio de los trabajos hechos por los planes).

LA VIDA... POR AHÍ: — J. Balza.

SUBRAYANDO: — (gran número) — A. de Mayo. (Otra sección complementaria de esta en otro título — por Felipe Chiappe, secretario de la Legación Argentina)

SOBRE LAS ARMAS: — General Madariaga.

VIDA POLITICA: — por Vektor.

LA VIDA AMABLE: — Felipe Trigo y El Caballero Andara.

BUCÓLICAS: (de vida en los campos gallegos — especie de imperiosos dioses, reinos, i. c. d. d. n. como los de un Wotan) — R. Valle Ficalan.

LA VIDA DE NOCHE — E. Cané.

EN LA PLAZA: — Barbadillo — FORO A LA PLUMA: — Supra de Fortes.

LA VIDA EN SOLFA: — Matilde Nuñez.

LAS MUJERES EN PINTURA (i. c. d. d. n. por el título) — José Frases (en una ilustración del pintor a que se refiere cada artículo)

LA VIDA EN EL TEATRO: — el teatro con Antón de Castro — el pensador de Barbadillo.

SIGNOS DE LOS TIEMPOS — Carlos Navarro Llanusa.

VIDA ARTISTICA — Manuel Ibañeta.

NOVELA (en todos los números — por venir — probablemente la 1.ª vez, ii. d. Felipe Trigo, el Diario de las uniones celebradas por Francisco Arderius (ha compuesto a cambio de un sueldo) todo lo posible de nuestra sociedad (quiere gustar) hasta que fue herida en el mar. Arderius estaba a bordo, como teniente de fragata.

Tienen que pensar con sus secciones. Pascua Rodríguez, Isoper Balles, Uru, Amel (que colabora en la mayor cantidad que le permiten sus ocupaciones, y todo luego en el 1.º número del periódico), Gonzalo de la Serna, Capie, etc.

Como es que, como todo esto no cabe en cada número, algunas de estas secciones alternan en los números puros de actualidad y actualidad.

Una sección especial: la correspondencia, siempre la misma en todos los números.

A nivel anecdótico recordemos que en una polémica con Unamuno resalta Trigo la contradicción manifiesta entre el desprecio intelectual del Rector de la Universidad de Salamanca a lo erótico y su práctica ritual nocturna, a juzgar por la numerosa descendencia familiar del escritor vasco. (Manuscrito de Felipe Trigo)

ocasión de placer para los dos miembros de la pareja cuya felicidad no queda en sí sino que se comunica y beneficia a los demás; a ese cruce de lo concreto con lo ideal, de lo corpóreo con las emociones psíquicas más sublimes le da Trigo tal transcendencia y misticismo que, después de leer expresiones como las siguientes, «posesión divina de un ser por otro ser» (**En la Carrera**), «el condimento divino de la sensualidad es el amor» (**En los Andamios**), no es de extrañar el tono de exaltación lírica, engalanado con innumerables recursos retóricos, que encontramos en las páginas que dedica a cantar la plenitud erótica.

Las teorías de Trigo quizá se hagan realidad cuando la problemática erótica con que todos tenemos que enfrentarnos a lo largo de nuestra vida haya sido despojada de aquella hojarasca inútil con que suele recubrirse y puede ser abordada, en su prístina desnudez, desde la infancia. La vuelta a la Naturaleza vendría a poner fin a las numerosas neurosis que aquejan al hombre de nuestra civilización y alumbraría una humanidad que, por la sofisticación de la que vivimos, nos parecería nueva y en ella podría encontrarse aquella «Venus idealizada por el místico resplandor de la Concepción Inmaculada» que Trigo soñara cuando trataba de romper los convencionalismos morales de la sociedad en que vivía. Esta es, según nuestra interpretación, la significación que pudo tener el erotismo sublime de Trigo: ruptura con la moral burguesa repudiada por su inautenticidad y, a la vez, búsqueda de un nuevo sentido moral, basado no en los intereses de determinados sectores, sino en la naturaleza del hombre.

Es aventurado decir que su labor fue ineficaz, pese a la incompreensión de que fue objeto por parte de los intelectuales, porque la semilla ideológica se derrama en unos momentos y no germina hasta que no encuentra las condiciones sociales precisas. Murió el hombre, pero sus ideas —que él decía no ser suyas, sino tomadas de la Vida— aunque hayan sido recubiertas por un manto de silencio, opresión y olvido aún laten en las jóvenes generaciones que se niegan, en el amor como en la política, a seguir por los caminos marcados por sus predecesores.

Aún es pronto para juzgar como definitivamente fracasadas las teorías de un escritor que tomó el amor como bandera de lucha contra el orden imperante.

LA SOCIEDAD ESPAÑOLA ANTE LO EROTICO

En el epígrafe anterior he tratado de señalar el rumbo del erotismo de Trigo y su deslinde de

lo exclusivamente pornográfico que en su obra, repito, es puramente tangencial y siempre según las exigencias de las tesis que pretende demostrar. Por esta subordinación de lo accesorio a la idea medular unas páginas responderán a ese erotismo sublime y místico que propugna, mientras que si pretende la lujuria, en vez de la exaltación lírica, recurrirá a las descripciones crudas, con ciertas notas del modernismo decadentista, en las que, muy a lo D'Annunzio, recurre a la estética de lo feo. Pero nunca encontraremos la animalidad erótica que ensombrece algunas escenas de Zola y, con menor arte, las de los pioneros de la pornografía en la literatura española contemporánea Zahonero y López Bago. Con todo, la meta de Trigo nunca apunta hacia la erotización del lector, como podría ser el caso de la literatura de Severo Sarduy, sino que sus páginas siempre tienden a una crítica social de gran alcance y en esto radica, pese a la incompreensión de determinados sectores, la transcendencia de sus episodios más «nauseabundos». Trigo no pretendía entretener sino corregir una serie de defectos sociales en la concepción del amor por medio de una exposición crítica de los mismos.

Es certera la apreciación de Xavier Domingo en su floja Reivindicación (6) al afirmar que:

«para Felipe Trigo —igual que para Wilhem Reich (7)— el problema sexual es un aspecto del problema social, político y económico que no se puede separar de un análisis global de la sociedad ni remediar sin poner remedios a otros problemas. (...).

El aspecto sexual nunca queda en su obra apartado del análisis global de la sociedad española a través de agudas observaciones, mordaces y críticas duras, de las costumbres y ritos de la clase social en la que sitúa a sus personajes. La crítica de Trigo va a menudo muy lejos, y no cabe duda de que la razón principal de la oscuridad en que se tiene a este «perfecto caballero» reside en este aspecto de su obra».

Realmente Trigo fue tan lejos que no se detuvo en una crítica demolidora de las formas externas del vivir de los españoles, mas atacó la raíz última, el trans fondo ideológico en que se sustentaba. Como ya puede colegir el lector tras lo escrito en párrafos anteriores, su cosmovisión —que aquí aparece ceñida al ero-

(6) X. Domingo: «Reivindicación del Dr. Trigo, novelista sexólogo español», (*Triunfo*, n.º 434, sept. 1970).

(7) En *TIEMPO DE HISTORIA*, n.º 46, sept. 1978, apareció un artículo sobre Wilhem Reich, de J. M. Fernández Urbina, «Liberar a Reich de las mazmorras de Modju».

tismo— difiere totalmente de la imperante en la sociedad alfonsina. Ya hemos aludido a los prejuicios transmitidos de generación en generación sobre lo erótico que dejan en el individuo un sedimento que le obliga a domeñar como algo réprobo unos impulsos latentes en él con la fuerza arrolladora que tienen los instintos. Los códigos de moral creados por el hombre distanciándose de la vida le llevan a esas aberraciones y neurosis de que hablan los psicólogos modernos y a las que Trigo sólo encuentra una solución: la vuelta a la Naturaleza.

Por esto uno de los motivos de crítica social más frecuente en su obra será la deformación que la juventud recibe respecto al sexo, y, sobre todo, la ignorancia en que crecía la joven hasta que la vida le presentaba el problema de forma ineludible y, como consecuencia, traumatizadora. Por su mente pasó la creación de un personaje, Noema, que llegaría al tálamo con un desconocimiento total sobre las relaciones eróticas, tema que sería abordado, años más tarde, por Pérez de Ayala de una forma genial al crear esa pareja tan singular que forman Urbano y Simona. Trigo, en sus novelas, insistirá en lo absurdo de la situación de la mujer española ante lo erótico: no recibe ningún tipo de educación y, en cambio, ve desarrollarse su pubertad y juventud en medio de excitaciones continuas por medio de alusiones, chistes, piropos, canciones... y las castizas conversaciones en la reja.

No hay duda de que algunos aspectos duramente criticados por Trigo resultan hoy totalmente superados, incluso por aquellas personas que guardan un sentido más pecato de la moralidad, como podría ser, por ejemplo, el escaso trato directo entre los miembros de la pareja para su mutuo conocimiento. El autor de **La Altísima** atacará mordazmente el distanciamiento físico impuesto habitualmente por la autoridad que regía los destinos de la novia; en contadas ocasiones les estaba permitido verse y, las más de las veces, a través de una reja, guardián efectivo de la castidad femenina y baluarte firme del honor familiar; pero el frío de la reja no era suficiente para atemperar los calores de la pareja que se las ingenia en las novelas y se las ingeniaba en la realidad de formas muy sutiles para burlar la vigilancia familiar.

La represión sexual que sufre la juventud será una de sus dolorosas obsesiones, pues sus conocimientos profesionales le prueban que es causa de numerosos trastornos psíquicos y fisiológicos. Los jóvenes sufren las contradicciones de una sociedad que, por una parte, excita su sexualidad con bailes, conversacio-

nes, modas en el vestir —y no digamos actualmente con la publicidad, películas, letras de canciones— y, por otra, pone todo tipo de trabas a las relaciones eróticas empezando por aquella proverbial separación entre chicos y chicas desde la escuela —la coeducación era minoritaria pues apenas pasaba los límites de la Institución Libre de Enseñanza y la Escuela Moderna de Ferrer y Guardia— a la iglesia pasando por los paseos, diversiones... El resultado será ese panorama desolador que Trigo obtiene al contemplar a una juventud en la que las mejores energías vitales tienen que ser truncadas por una serie de prejuicios sociales que impiden que los jóvenes se traten entre sí.

«Y veía las tantas amorosas de 17 años que como él había sin amante y sin amor... ejército, en fin, de pobres vírgenes marchitas, tristes también en soledades contemplándose inútil la belleza... La juventud de ellas, la juventud de él, colmábale de angustia como una eterna juventud perdida, sin besos, sin abrazos, mirándose y repeliéndose los amantes en una maldición para llorar a solas atracciones con sofocados deseos y áyes histéricos de floridas existencias deshojadas al grito azuzador de las entrañas» (8).

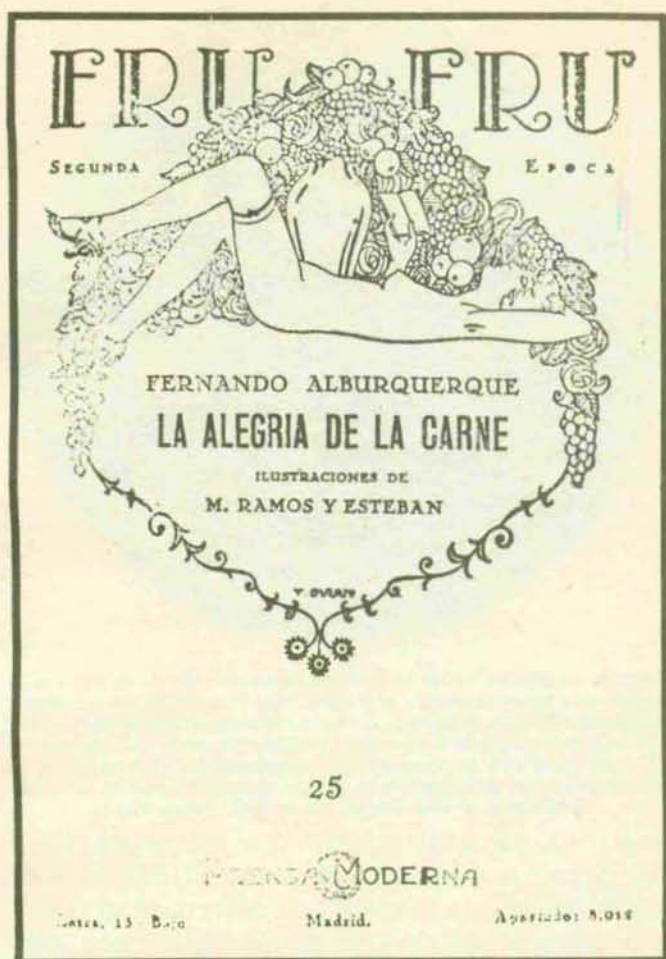
No es preciso decir que esta represión, en una sociedad tan machista como la española, es mucho mayor en la mujer que en el hombre, pues éste encuentra salida a la lujuria en esos encuentros fugaces con las prostitutas que tan negruzcos tintes reciben en la narrativa de Trigo. Al referirse a Jorge, el protagonista de la novela anteriormente citada, escribe Trigo:

«Cuanta pena le daba alejarse de la novia dejándola abrasada ir al infierno de un lecho solitario, mientras él corría en busca de consuelos en brazos de otra» (idem, pág. 283).

Privilegio erótico masculino —como tantos otros que Trigo critica— frente al sufrimiento interior de las doncellas que se consumen lentamente «por respeto al honor»: las innumerables «cloróticas» que desfilan por las páginas del autor de **Las Ingenuas**.

Si el desequilibrio psíquico producido por la sexualidad insatisfecha en plena juventud es perjudicial para toda persona, Trigo lo considera más grave entre el estudiantado universitario, en aquellas calendas casi exclusivamente masculino, pues en vez de dedicarse a estudiar con ahínco la carrera elegida, se dedicaban, en una vida de total libertinaje, a la búsqueda de la aventura amorosa que calmase su «sed de amar» sin reparar en las condiciones de higiene, edad y atractivos físicos de la mujer encon-

(8) F. Trigo: **La Sed de Amar**. (Librería de Fernando Fe, 1903, pág. 67).



Objetivo básico de su obra es probar el papel de lo erótico en la complejidad del ser humano, no reduciéndolo, como solía ser habitual en nuestra tradición cultural proveniente del medievo y ascetas del XVI y XVII, a una mera necesidad fisiológica, sino que en Trigo será ennoblecido hasta extremos que para la mentalidad de su época resultaban incomprensibles.

trada o comprada para unos momentos más breves que los deseados. Trigo lanza esa pregunta escandalosa que años más tarde repetiría Beltrand Russel al hablar de ese «matrimonio inmoral» entre universitarios, pues cree que lo ideal es que «la juventud goce de la juventud» y que «cada estudiante tenga su pareja». Las páginas líricas con que nos describe la felicidad de Esteban Sicilia y Antonia, **En la Carrera**, quizás sean reflejos de unos sueños no alcanzados durante sus años de estudiante vividos bajo la turbulencia erótica que vemos en los personajes de la novela, en la que inserta numerosos elementos autobiográficos y muchos de los personajes, con los nombres cambiados, responden a compañeros de estudios, según comprobamos al ver el plan de trabajo que aparece en ese volumen tan importante para conocer la forma de bosquejar sus obras titulado **En los Andamios**.

Singular importancia tiene en la narrativa de Trigo la iniciación de los jóvenes en la vida sexual, acaso como consecuencia de la experiencia traumatizadora del propio autor. Son muchas las novelas en que este motivo aparece de una forma episódica, como en **La sed de**

Amar, En la Carrera, En camisa Rosa... mientras que en otras se convierte en el tema principal como sucede en las novelas cortas, quizás de las mejores del autor junto a **El moralista**, tituladas **Los Invencibles** y **Reveladoras**.

La casuística es variada y siempre reprochable: sus protagonistas, en unos casos, son llevados por amigos mayores a casas de prostitutas al alcance de la economía de los chiquillos —fórmula que aparecerá en novelas posteriores como en *Las ruinas de la muralla*, de J. Izcaray—, donde los jóvenes apenas vislumbran lo que es el placer erótico y de lo que sentirán horror cuando descubran al auténtico amor, como es el caso de Esteban Sicilia; la lectura de folletines pone a Jorge en contacto con los enamorados desgraciados antes de ir a los prostíbulos, en **La Sed de Amar**; las criadas excitan al chiquillo cándido que pasea con un preceptor religioso en **Reveladoras**; y no menos importante, por la experiencia personal del autor, según señala M. Abril, es el lugar que ocupan en la revelación del sexo algunas mujeres del círculo familiar, tías o amigas de la madre, que buscan saciar su frustración erótica con el chiquillo, primero con besuqueos inocentes y luego, bajo apariencias de juegos, le conducen en un tránsito gradual a una relación erótica total, aunque sin llegar a esas situaciones folletinescas que vive el Varguitas de **La Tía Julia y el Escribidor**.

En estos aspectos en que critica la vida erótica española, Trigo se muestra tierno, delicado y lírico en unas ocasiones y con un patetismo desolador en otras; sin embargo, sus tonos más mordaces y sarcásticos aparecerán cuando trata de criticar las relaciones amorosas, no entre los jóvenes como hasta ahora hemos visto, sino entre los adultos, prototipos de una sociedad con la que estaba en profundo desacuerdo.

Los rectores de la moral nacional dejan al descubierto sus más íntimas contradicciones en ese abogado, honorable padre de familia, que al regresar en tren de dar una conferencia sobre moralidad y tras haber criticado los intentos que un joven militar hace para ligarse a una mujer despampanante porque le ponían en peligro de faltar a sus obligaciones de oficial del ejército, intenta él ser el seductor, ajeno ya a la línea de moral puritana propugnada en su conferencia.

Sobre esa dorada burguesía que llenó sus arcas durante la Restauración y Regencia, mientras se vaciaban las del país en empresas coloniales que en nada favorecían el bienestar nacional lanzará Trigo sus dardos en **La clave**, donde pretende demostrar que el amor es la piedra angular en que ha de basarse la vida

matrimonial y que por muy alto que sea el bienestar material que rodee a la pareja no puede haber felicidad si aquél falta; la esposa, agasajada en todos los detalles que el lujo exige entre la alta burguesía se siente prisionera en una cárcel de oro mientras las preocupaciones del marido yacen siempre a ras del suelo por muy altas que sean las chimeneas de sus fábricas. En otras ocasiones nos hablará de las «queridas» como «señoronas de incógnito», siguiendo la línea de Ortega y Munilla en **Cleopatra Pérez**, o de la siembra de hijos efectuada en las dehesas por los caciques rurales mientras los señoritos «palpan a las criadas hasta donde les permiten sus gritos», deporte que seguirán practicando, años más tarde, cierta **Gente de Madrid**, como la que nos presenta García Hortelano.



Quando se intente hacer un análisis más profundo de su narrativa, habrá que tener presente que para Trigo el amor no es un simple juego de adolescentes, ni un elemento literario utilizado para que el lector dé salida a una sexualidad insatisfecha; en su concepción de la vida tiene una importancia de extraordinario relieve, pues lo considera como un factor clave para la transformación de la sociedad hacia el socialismo. (En la foto, Felipe Trigo).

Las augustas damas de la aristocracia nos mostrarán su moral acomodaticia —como siempre ha sido la de las clases pudientes, pues hasta ahí llega su poder— en la novela corta **El Cínico**, en la que Trigo presenta a una dama perteneciente a una liga para la redención de las prostitutas, actividad que no es obstáculo para que todos los lunes, en que su marido viaja por sus obligaciones de «Padre de la Patria», se acueste con el amante de turno.

No menos condenable resulta para nuestro autor la vida de esas mujeres de la clase media que llevadas por un afán de ostentación ante sus amigas, caen en un lujo inasequible para el nivel adquisitivo del sueldo de sus maridos, por lo que han de empeñar sus encantos personales como ya lo hicieron la galdosiana Rosalía de Pipaón, en **La de Bringas**, y D.^a Manuela, en **Arroz y Tartana**, de Blasco Ibañez; en **Los Abismos** condena Trigo ese querer y no poder que lleva a la mujer a tener un amante, vencidos los primeros escrúpulos de conciencia, como se tiene un vestido en el ropero.

También se fija Trigo en la situación de la mujer perteneciente a las capas bajas de la sociedad para mostrar los asedios de que son víctimas algunas casadas, sobre todo si el marido ha tenido que emigrar, y las asechanzas de que son objeto las hijas de los pobres hasta el punto de que algunas, «seducidas y abandonadas», pasarán a engrosar el material soporte de esa industria vil que es la prostitución y de la que es casi imposible salir por el estigma social que imprime. Combate en numerosas ocasiones esa lacra social nuestro autor por ser una desvirtuación del amor y traspasa la responsabilidad de la mujer caída al hombre que la empuja al «arroyo» y a la sociedad que, además de propiciarlo, no extiende la deshonra por igual al que visita los

tugurios que a las «chais» que moran en ellos. Su peregrina idea de declarar PUERCO NACIONAL al que tuviese una enfermedad venérea parece ser que no fue acogida por «La Gaceta», pues para evitarlas, años más tarde, las Cortes Orgánicas del franquismo tendrían que recurrir a una ley para suprimir, sobre el papel, las casas de lenocinio, medida que de haber sido efectiva hubiese sido aplaudida por el propio Trigo desde su tumba como aplaudió la limpieza que De la Cierva hizo en 1909 de la madrileña calle de Jardines, porque los ritos eróticos de tales lugares nada tienen que ver con ese amor sensual y místico preconizado por Trigo.

No queremos seguir en esta línea de descripción de la casuística erótica criticada por Trigo, pues un ligero recuento nos ocuparía numerosas páginas al ser nuestro escritor un observador riguroso de las relaciones amorosas entre los españoles; la concepción del honor a lo Calderón, la hipocresía social, el olvido de la «deshonra» de una familia cuando aumenta su caudal, la vanidad masculina al «fardar» de sus conquistas el hombre, el acoso a la viuda atractiva, el aborto para evitar la deshonra social, el matrimonio por interés, la utilización de la propia esposa como medio para el ascenso social... estas y otras acusaciones echará Trigo en cara a la sociedad de aparente moral puritana a la que desagrade la narrativa del escritor extremeño porque en ella se reflejan sus contradicciones, aunque es tolerado por aquella libertad de imprenta hábilmente mutilada por ese disfraz de liberalismo

que tantos beneficios había procurado a las clases pudientes tras la implantación de ese consorcio de potentados que inventara Cánovas al hacer pactar al Trono con la Iglesia, el Ejército, la Aristocracia y una Burguesía que al llegar a las esferas del poder olvidó enseña sus veleidades revolucionarias.

Quizás lo ya escrito pueda probar que Trigo fue leído superficialmente en su tiempo —el gran público, a decir de Peseux-Richart, lo hacía atraído exclusivamente por las fuertes especias—, pues el alcance que creemos que puede tener su obra fue minusvalorado en su día y se le encasilló con el tópico de «escritor galante»; sus novelas, por ser de temática amorosa, fueron acogidas con el desdén con que en nuestro país se ha mirado siempre a toda obra en la que el amor es el eje principal. Quienes pedían mayor densidad en los contenidos de las novelas de Trigo olvidaban que en ellas, además de las escenas de alcoba, era frecuente encontrar las contradicciones de unos jefes que, instalados cómodamente en el poder económico y político, no respetaban las normas morales a que intentaban someter la conducta sexual de los demás y que, amparados en bellas palabras, como Patria, Orden, Familia, buscaban la bendición de Dios y el poderío sociológico de su Iglesia en beneficio de sus intereses particulares; olvidaban también que Trigo muestra la manipulación que hacen de la ley para satisfacer los deseos de una cortesana —**El Médico Rural**— y los atropellos de que son capaces para gozar de la mujer ajena, sin rehuir violencias ni asesinatos —**Jarrapellejos**—, conscientes de que la ley está de su parte porque las influencias familiares son omnipotentes; olvidaban, en fin, los que acusaban a Trigo de escritor frívolo la conexión que hay entre represión sexual y las demás represiones a que se ve sometido tanto el individuo de entonces como el de hoy. La represión de la sexualidad por los códigos de la moral impuestos por una sociedad va acompañada de otras de índole política, pues en vano se puede hablar de libertades políticas concedidas como derechos inalienables de la persona si a esta se le impide el desarrollo de algo tan vital que pertenece a su propia fisiología.

Trigo fue, pues, incomprendido por la crítica de su tiempo —resulta casi escandaloso que no se supiese apreciar su novela **Jarrapellejos**, posiblemente la mejor de entre las que analizan el caciquismo—, y no está ajeno de culpa Clarín, admirado entonces más como crítico que como novelista, pues acuñó aquella frase «Trigo es un corruptor del idioma... y de la moral», si bien en su descargo hay que anotar

que sólo pudo leer la primera de sus novelas. Su frase, repetida como un tópico por la crítica, indica la incapacidad de esta para penetrar en la obra erótica de Trigo en la que el estilo —aspecto que no puedo exponer aquí—, no era, en muchas ocasiones, más que una fórmula de agresión a una sociedad con la que estaba en desacuerdo, y su erotismo, al tiempo que una ruptura con los convencionalismos sociales entonces en uso, una búsqueda de una moralidad más en consonancia con la naturaleza del hombre.

Cuando se intente hacer un análisis más profundo de su narrativa —olvidémonos de los estudios de hispanistas como Walkins y Ton—, habrá que tener presente que para Trigo el amor no es un simple juego de adolescentes, ni un elemento literario utilizado para que el lector dé salida a una sexualidad insatisfecha; en su concepción de la vida tiene una importancia de extraordinario relieve, pues lo considera como un factor clave para la transformación de la sociedad hacia el socialismo (9). De aquí que, aunque está de acuerdo con Marx en diversas cuestiones, podamos leer en **La Sed de Amar** el siguiente reproche: «Marx tendría razón totalmente si no olvidase tanto el amor en sus matemáticas sociales», (10); esto se explica porque en las teorías de Trigo, pese al razonamiento científico con que suele proceder, late un optimismo que relacionamos con el socialismo utópico de Fourier, pues nuestro autor está convencido de que el amor es el germen de la armonía social, «en formando almas para amarse, de este amor colectivo brotaría la igualdad económica». Por consiguiente, el camino hacia el socialismo, según Trigo, pasa por una transformación de las relaciones humanas y del propio hombre que son previas a las económicas; en esto difiere totalmente de los teóricos marxistas para quienes lo primordial reside en la modificación de las condiciones de vida de la sociedad, transformaciones socio-económicas, para después crear el hombre nuevo y la nueva cultura.

Quede claro, pues, que el erotismo de Trigo nada tiene que ver con la imagen que de él hemos recibido en numerosas ocasiones. Por su peculiar concepción de las relaciones amorosas fue un adelantado para su tiempo y, en algunos puntos, para el nuestro. Su crítica social conserva aún parte de la vigencia que en su momento le valió el estigma de escritor maldito con que ha llegado hasta nosotros.

Su obra bien merece una revisión. ■ F. C.

(9) *Sobre su concepción del socialismo véase su ensayo Socialismo Individualista.*

(10) *Trigo: La Sed de Amar, edic. cit. pág. 394.*